



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



A las escondidas

Jimena Inés Garrido*

Esconder quiere decir: dejar huellas. Pero invisibles. Es el arte de la mano ligera. Rastelli, el malabarista, sabía esconder cosas en el aire.


(Benjamin, 2011, p. 125)

La sardina

Una de las imágenes más tiernas que recibí en la pandemia fue el abrazo del señor de los guantes blancos, Flowagé y Titatota. Se trenzaron los brazos por encima de los hombros y, con los ojos cerrados, empezaron a contar al unísono: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Los ojos se me mojaron, quedé detenida en aquel mantra, atrapada en aquella ronda a ciegas, cautivada en aquel abrazo de otros tiempos, en esa canción dulce. Pero tenía tiempo hasta el treinta para encontrar un lindo escondrijo.

Titatota que cursa su primer grado por Zoom aclaró que sabía contar hasta veintiuno. Ese día, subió la escalera de los números un poco más, lo aprendió por contacto en recitado colectivo. Los números pa-

* Profesora en Historia y Doctora en Ciencias Antropológicas (FFyH-UNC). Docente de la ESCMB e integrante del Programa de Investigación Su+Su del CIFFyH (FFyH-UNC). Performera y creadora de bosques.

 profechorra@gmail.com

saron entre los cuerpos gracias a la trenza y se metieron su boca. En la cuenta de las escondidas, el final vibra de otro modo, el aire toma una postura diferente para anunciar fuerte que el tiempo para esconderse terminó. Como estábamos en la casa embrujada, algunas reglas y condiciones fueron creadas especialmente para resaltar las dotes del lugar. Después de gritar treinta, les tres corrieron hasta la herrumbada campana y movieron la cuerda varias veces para que el badajo chocara con el vestido. Bonita canción. La campana suena en la quebrada helada, frente del arroyo Saldán, en el portal de las Sierras Chicas.

En la casona, hay una acequia escondida que calmaba las aguas cuando el arroyo estaba furioso. Ahora, que duerme debajo del colchón de hojas que la cubre, desmembrada por las aceras que la atropellaron, las aguas, sin acequia y sin refugio boscoso, con su llanto, arrasan todo lo que a su paso encuentran en el tobogán.

Cuando sonaba la campana, llegaban todes les que, alguna vez, habían llegado a la casa embrujada, con pan, frutas, frío o el aspa de un molino. También, ladraban les perres. Sus ladridos, en masa, no eran una linda canción y espantaban a antiguos visitantes que regresaban corriendo y asustades a sus escondites.

A la cuenta de treinta y después del repiqueteo, salieron disparades a buscarme, Flow, el señor de los guantes y Tita. Quien encontraba a la persona se sumaba al escondrijo. Esa vez, elegí un tronco de pino centenario, gordo, como para cubrir varios cuerpos. Ese pino que secó tanto árbol achaparrado nos ofrecía bondades, piñas para el fuego, hojas para el sahumo y escondites para desaparecer.

Elles buscaban, Flow fue el primero en encontrarme. Se agazapó conmigo tras el tronco añejo. Conversamos en secreto aunque les buscadores estaban en zonas alejadas, porque, así, es la manera de hablar en los escondites. Todo lo que nos contamos detrás del tronco fue una melodía de susurros hermosa que quedó escondida entre la corteza del pino. A veces, regreso a oírla, no siempre la hallo. Aquel canto a escondidas nos atrapó y subimos el volumen, nos fuimos por las ramas y allí quedamos, sin querer queriendo, al descubierto de los ojos de les buscadores que, juntas, corrieron hasta el pino, mientras en el aire sonaba: "ahí están, les vimos". El próximo escondite fue la pared de un asador, le siguió una cama, una bañera, una cortina, la alacena, la mesa

de la cocina, una enredadera sin flor. En todas las rondas, contamos abrazados y anunciamos la búsqueda con el repiquetear de la campana.

Habíamos llegado a la casa embrujada para saludar a Bro, el gato, pero se escondió y, por más que buscamos en cada rincón, no pudimos darle los saludos que le llevamos.

Desde el balcón veo asomar a un enano entra la hierba

La expansión global del COVID-19, las diversas reacciones que la acompañaron, cambiaron fuertemente cotidianos y maneras de tejer escenografías que nos envuelven. La tentación y los primeros esbozos cuando posé los dedos en el teclado fueron generar un escrito con disquisiciones sobre la pantalla y el mundo virtual o sobre el encierro, el aislamiento y la distancia. Por esa vía, vertía imaginaciones por todos conocidos y reforzaba pronósticos de encapsulados cantares.

Los libros, poblaciones no humanas, también se esconden y reaparecen. Preferentemente, ordenados por tema o autor, esta vez, se acomodaron en la biblioteca que acompaña la casa que habito según el color de su lomo. Algunos quedaron escondidos y otros ganaron visibilidad en la nueva paleta. Pronto, voy a dejar aparecer otra grafía para que sus ánimas sigan constelando según lo que cada circunstancia histórica pide. Hoy, asomó Walter, después de un largo viaje, para despertar un cuento.

“Es cada vez más raro encontrar a alguien capaz de narrar algo con probidad” (Benjamin, 1991, p. 2). Ante la necesidad de intentar enrarecer un relato, volví al texto de “El narrador” (1991) que el señor de los mil cuentos escribió en 1936. Bañé los sentidos con aquellos renglones, como quien vierte el néctar de la flor de la Santa Lucía en los ojos para sanar heridas, para calmar y abrir la visión. No vengo a validar los caminos con hombres metropolitanos consagrados en universidades patriarcales. Traigo un extracto de prosa del señor de los cuentos antiguos que hermana, para que aparezcamos más disidencias en las bibliografías clásicas. Este escrito lo hago con la íntima ayuda de sus palabras, bebiendo de unos consejos tan sabios y refrescantes como la brisa mojada al despertar primaveras.

Narrar los procesos de inspiración y escritura, los senderos por los que un texto aparece de su escondite, es un tesoro que aquí dejo asomar. No solo inquieta pensar qué significan las pandemias en las historias. Las maneras en que recortamos nuestros objetos de estudio y desvelo, los modos en que deliberamos sobre ellos, en tiempos pandémicos, aparecen como materias que piden salir de los escondites donde, a veces sin querer, los ponemos y perdemos de vista.

Aquí, presento algunos de los consejos del sabio narrador con que unté los corazones de este texto para despertar y salir del encierro que las imaginaciones, sobre el encierro en pandemia, traían. Los consejos son regalados como sabiduría entretejida en los materiales de la vida vivida, por quien narra, hacia alguien que puede oír. El consejo “no es tanto la respuesta a una cuestión como una propuesta referida a la continuación de una historia en curso. Para procurárnoslo, sería ante todo necesario ser capaces de narrarla” (Benjamin, 1991, p. 4). Continuo con la historia de Walter.

Entre otras cosas, el sabio amigo, aconsejó el aburrimiento y la escucha como un estado predilecto para cosechar buenos cuentos:

El aburrimiento es el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia. Basta el susurro de las hojas del bosque para ahuyentarlo. Sus nidos —las actividades íntimamente ligadas al aburrimiento—, se han extinguido en las ciudades y descompuesto también en el campo. Con ello se pierde el don de estar a la escucha, y desaparece la comunidad de los que tienen el oído atento. Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas. Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído. (Benjamin, 1991, p. 6)

La narradora, viajera o campesina, es capaz de bordar una linda historia que cautive y movilice los sentidos. Una crónica, un cuento de noche sin final para que les niños se dejen encontrar por un sueño dulce.

Los relatos sobre experiencias espaciales de virtualidad o experiencias de percibir el mundo desde balcones y ventanas con los que comencé a pensar este escrito caían en la historia alejada de la cróni-

ca, con sus hechizos de legendarios miedos y esperanzas. En busca de trazar un ensayo sobre espacialidades, al principio, repliqué el mismo ejercicio que compartí a un grupo de estudiantes en el aula virtual: percibir el mundo desde una ventana y registrar lo que desde allí sucedía. Al comienzo y sin aburrirme, llegaron visiones ya desparramadas por WhatsApp y otras vías de contacto:

Desde la punta de una loma, antiguamente conocida como la loma de la peperina, en una ciudad de las Sierras Chicas, se abre la ventana. Miré a través de ella una hora, tres días, miré media noche, miré con los ojos apagados. Olí como la sol pintó los corazones de los que pasaban por la calle al pie de la loma. Todo se secó, heló y cayó. El desierto vino a visitarnos. También llegó agosto y sus vientos. No faltaron los fuegos devoradores. La stampa más asfixiante y mortífera fue el Pan de Azúcar en llamas. Llegó el repartidor con la perforadora. Llegó el sodero y la vendedora de pasteles. Todos aparecieron frente a la ventana abierta. Vi el silencio interrumpirse. Escuché les perres que no dejaron de ladrar, braves y arrogantes. Vivimos en jaulas de estos animales feroces que no dejan asomar a cuises, comadreas y pájaros de mil colores que sobreviven en sus escondites. “El mejor amigo del hombre” y “cuidado con el perro” son lemas que rompieron la posibilidad de calles abiertas y bosquecitos de abundancia y diferencias. Los conté desde mi ventana, son cuarenta en la cuadra. Voy a escribir una carta al intendente pero creo que está preso o perseguido por fraude, también esto lo escuché por la ventana. (Registro de Percepción)

Las pandemias trajeron minúsculas experiencias, no tan pregnantas en los análisis del fenómeno que, aquí, aconsejada por la sabia, rescato para la narración. Entonces, se asomó otro mapa, el de los tesoros, de los escondrijos, de las aventuras y exploraciones, el de las fantasías.

Seguí el consejo de la sabia y llamé al más hermoso aburrimiento para que saliera de su escondite y viniera a visitarme al balcón desde donde percibía los mundos. El tiempo puede ser una gran amiga y volví al consejo y, allí, me quedé a la escucha aburrida de una historia conmovedora. Fue desde la ventana que me topé con le enane escondido en el jardín.

Cada vez que llegaban niños de visita, pasaban varios días corriendo por los caminitos de tierra buscándole detrás de cada aromito, cada pirca, cada cueva, cada gruta, entre las muchas que habíamos regado

para que el bosque invisible vuelva. A veces, le encontraban y otras, no. Yo era la encargada de trazar las pistas y conversar con le enane escondido a quienes todes en el barrio rendían pleitesía cuando se les aparecía. Fue desde la ventana y desde mi más profundo aburrimiento, que encontré al enane, quien me susurró esta pequeña historia de las escondidas, como el mejor relato para pasar, en las formas de habitar, la mejor pandemia.

Inspirada en la convocatoria *EscriVid*, para ensayar sin urgencia y con renovadas formas discursivas, lecturas críticas en torno a prácticas enlazadas al COVID-19, sus efectos en diferentes sitios y poblaciones (humanas y no humanas), ofrezco una reflexión sobre experiencias espaciales pandémicas desde el punto de vista, no del encierro, tampoco de las aperturas a la calle de la segregación y la aniquilación. Aquí, narro historias del juego de las escondidas en pandemias, para abrir visión y formas de habitar los mundos.

Jugar con los estudios del juego

“Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali” (2003) cuenta la experiencia de Clifford Geertz y su compañera, en 1958, en una aldea. Es un hermoso tesoro que muestra que el juego no es cosa de niños, que el juego es cosa para antropólogos y que el juego importa. Según narra el autor:

Para los balineses asistir a las riñas de gallos y participar en ellas es una especie de educación sentimental. Lo que el balines aprende allí es cómo se manifiestan el *ethos* de su cultura y su sensibilidad personal (o, en todo caso, ciertos aspectos del *ethos* y de su sensibilidad) cuando se vuelcan exteriormente en un texto colectivo; aprenden que ambas cosas están lo suficientemente cerca para articularse en la simbólica de un solo texto como es la riña, y que ese texto —la parte inquietante del fenómeno— en que se realiza esta revelación consiste en que un gallo hace pedazos a otro insensatamente.

(...) Las formas de arte generan y regeneran esa misma subjetividad que ellas pretenden solamente desplegar. Cuartetos, naturalezas muertas y riñas de gallos no son meros reflejos de una sensibilidad preexistente analógicamente representada, sino que son agentes positivos en la

creación y mantenimiento de tal sensibilidad. (Geertz, 2003, pp. 369-370)

Existe una larga tradición que se ha abocado a estudiar el juego como manifestación social. No es espacio aquí para referenciar esta larga y compleja tradición de estudios. Basta señalar que el juego se consolidó como objeto de estudio con valor propio; el trabajo de Johan Huizinga, "Homo Ludens", de 1938 fue pionero en este sentido. Entre los paradigmas que se desarrollaron podríamos distinguir aquellos trabajos que han pensado el juego como actividad específica y aquellos que han propuesto un análisis del juego en tanto dimensión de la vida social. Como afirma Schechner (2012): "es muy difícil ponerle la mano encima al juego o definirlo. Es un estado de ánimo, una actividad, una erupción espontánea" (p. 151). Las dos perspectivas realizaron importantes aportes.

Desde el campo de los Estudios de la Performance, Richard Schechner (2012) propuso pensar cómo la realidad se va reconstituyendo en prácticas que trenzan el entretenimiento y la eficacia. A la vez que nos divertimos, disputamos y hacemos los tejidos sociales. Esta mirada sacaría al juego de una lectura representativa o infantil. El juego no solo es cosa de niños y tampoco es solo reflejo de lo que la sociedad es. Con los juegos, con sus reglas, procedimientos, formas de agrupación, con sus trajes, con las imaginaciones y sensibilidades que despliega es que las tramas sociales se tejen y, es con ellos, que los personajes disputamos las formas del universo que nos envuelve. La mirada que propone concentrarse en la dimensión lúdica como constitutiva de toda práctica social abre el horizonte en torno a qué significa estar jugando y nos permite pensar cualquier práctica en su dimensión lúdica; la pandemia también.

Aquí, entendemos, siguiendo la propuesta de Schechner (2012), la performance como acto restaurado, una copia aprendida, revisada y efectiva, que hace aquello que cita y despliega. El juego puede ser leído como performance, en tanto es la encarnación del "como si", del hacer creer (Schechner, 2012, p. 152). El juego puede ser un modo de conocer y transformar las sociedades, ya que el comportamiento condicional puede ser revisado. En torno a la dimensión performativa del juego, afirmó Victor Turner (1983):

El juego puede estar en todos lados y en ninguna parte, puede imitar cualquier cosa sin estar, sin embargo, identificado con nada. El juego — para utilizar la expresión de Edward Norback— es trascendente, pero sólo en el sentido de que barre las superficies de las organizaciones nerviosas más especializadas en vez de existir independientemente de ellas o miradas desde arriba. El juego representa el supremo *bricoleur* de construcciones frágiles y pasajeras, como un capullo de larva o un nido de urraca. Sus meta-mensajes están constituidos por un popurrí de elementos aparentemente incongruentes: productos de ambos hemisferios son yuxtapuestos y mezclados. Estados de pensamiento aparentemente del todo racionales coexisten de manera joyciana o surrealista con estados de pensamiento privados de conexión sintáctica. Sin embargo, si bien incontrolable, la rueda del juego nos revela —como sostuvo Mihaly Csikszentmihalyi— la posibilidad de cambiar nuestros objetivos y, por consiguiente, de llegar a la reestructuración de aquello que nuestra cultura sostiene ser la realidad. (p. 13)

Jugar a las escondidas puede ayudarnos, de varias maneras, a reestructurar la pandemia, a colocarle otros trajes.

Breves teorías sobre el escondite

El subtítulo de este apartado es uno de los subtítulos de otro escrito del sabio consejero. El título completo del texto al que refiero es “La revelación del Conejo de Pascuas o breve teoría sobre los escondites” (Benjamin, 2011). Allí, el autor afirma que él sería capaz de crear una erudita disertación sobre los escondites de los huevos de Pascua, la cual estaría dividida en tres partes, ordenadas según principios básicos del arte de esconder.

El primer principio del paréntesis consiste en usar juntas y grietas para mantener los huevos en suspenso entre pestillo y picaporte o entre el cuadro y la pared, por ejemplo. El segundo, “el relleno” consiste en poner los huevos “como corchos en el cuello de una botella, como luces sobre un candelabro, como estambres en el cáliz de una flor, como filamentos en una lámpara eléctrica” (Benjamin, 2011, p. 126). Finalmente, el tercero, “el principio de la altura y de la profundidad” (p. 126), llama a bucear en las alturas fuera de la vista, buscando ubicar los huevos “sobre la araña de cristal, si es que todavía

se tiene una” (p. 126) y explorar “la multitud de refugios a cinco o diez centímetros por encima del piso: se trata de las patas de la mesa, los zócalos, los flecos de las alfombras, los cestos de papel, los pedales del piano” (p. 126). Para quienes “viven entre paredes lisas como espejos y muebles de metal”, el sabio aconseja “que miren atentamente su gramófono o su máquina de escribir y descubrirán tantos agujeros y escondites en este pequeño espacio como si habitaran una casa de siete habitaciones” (p. 126).

No puedo abreviar más el relato ante tan sublime teoría. El juego es hacerlo reaparecer ante el lector para que se tope con su gracia y continuemos derivando por nuestras pandemias con su lumbré. Solo quisiera escudriñar algunas apreciaciones que alimenten la teoría, sin pascuas ni huevos. Estamos escondidos en las pandemias 2020 en una casa embrujada del portal de las sierras pequeñas de tan antigua erosión.

Los niños refirieron algunos *mejores escondites* y me puse a pensar en eso. El mejor escondite lo encontré cuando me senté en la mesa junto a los que no jugaban. Quien buscaba —esta vez jugábamos a las escondidas tradicionales— no pudo verme por más que pasó a mi lado varias veces. “Los escondites más ingeniosos son los más expuestos. Los mejores son aquellos que están a la vista. Así que, bajo ningún concepto, meter nada en cajones, ni en armarios, ni debajo de la cama, ni dentro del piano”, escribió Benjamin (2011, p. 125). Para qué iban a mirar la mesa de los adultos no jugadores; nunca me hallaron.

Otro mejor escondite fue debajo de los almohadones del sillón. El bulto era visible pero nadie encontró la cuerpa allí. Un tercer mejor escondite fue el ropero del cuarto oscuro, otra variante de las escondidas que también jugamos. Todos sabían, pero no era fácil buscar ahí. Meter la mano en las oscuras profundidades no era posible y el escondite quedaba allí, sin ser hallado, aún sabiendo todos de su refugio. Camuflaje, espacios inesperados, un poco de desorden, huecos impenetrables se asoman como lugares exitosos para esconder.

Sobre aromas y sonidos, quiero dejar otra apreciación. Los cuerpos no solo son visibles/invisibles, sino, también, despiden olores y sonidos, entre otras cuestiones. El mejor escondite es el que te absorbe la respiración y el sudor. Preferentemente, el espacio para esconderse debe estar cubierto de madera, ropas y otras esponjas. El ánimo debe

estar con templanza, imperturbable, no te dejes caer en la tentación del chiste escatológico de quien busca.

Otra cosa, cuando los espacios son demasiados abiertos, los cuerpos pueden extraviarse y el juego puede acabar de forma poco amigable.

Formas de habitar la pandemia

Escondarse fue una práctica muy usada en esta pandemia para zafar de los muchos controles que trajeron las políticas del cuidado. Nos escondimos atrás de la bolsa de compras, del barbijo o de una declaración jurada. Ecu contó cómo se escondía tras las malezas para llegar a hacer changa del otro lado del río. Tati, enojada con los niños que le decían que era fea, se escondió adentro de una caja y no salió por varias horas, hasta que la familia comenzó a buscarla con altoparlantes y sirenas. A Jolo, lo perseguían las balas y pudo escapar por las terrazas y esconderse dentro de un tanque. A otros, las balas les atraparon y quitaron rotundamente la posibilidad de volver a jugar a las escondidas. Sara escondió una carta y a Nela se le apareció. A Tari se le escondieron los anteojos o las llaves todos los días. Carke se escondió quince veces en media hora, lo hacía para aparecerse de repente y asustar a quien pasaba por ahí. Sela escondió un helado que quedó todo derretido. Jeron escondió todos sus sentimientos detrás del humo del cigarro. Podríamos seguir hasta el infinito, haciendo una cartografía de los escondites en pandemia, pero dejo esta historia para que alguien la encuentre y continúe.

Aquí, pretendo hacer asomar un cuento sobre el juego de las escondidas, para invitar a habitar los pliegues de la pandemia y, desde allí, contemplar los juegos que nos rodean sin saberse tales e inventar otros. Espero que esta pequeña sociografía con gente pequeña traiga pequeñas revelaciones sin final. Regalo una sabiduría trenzada con los materiales de una historia vivida, para que antiguos consejos salgan de sus escondites y nos ayuden a atravesar la pandemia con otras espacialidades.

Sólo los niños brincan en el aire y bailan de emoción; sólo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradoramente en público por alguna aflicción repentina, si

se aterran con un miedo desenfrenado, o muerden y golpean con los puños al odiado enemigo cuando se enfurecen. (...) Para ser clasificados como normales, los adultos educados en sociedades como la nuestra se supone que deben saber cómo tensar las bridas de sus emociones fuertes. En general, han aprendido a no exponerlas demasiado ante los demás. Con frecuencia sucede que ya no pueden mostrarlas en absoluto. El control que ejercen sobre sí mismos se ha vuelto, en parte, automático. Entonces, ya no controlan —en parte— su control. Se ha fundido con su estructura de personalidad. (Elias y Dunning, 1992, p. 85)

La cita anterior nos muestra cómo los procesos de civilización incorporados adormecieron la chance adulta de brincar en el aire, quizás en parte por eso dejamos de jugar a las escondidas. La niñez no es un estado prístino y las crianzas en los juegos reinventan sol y lloros. La adultez está repleta de juegos, también, de sol y lloro. Lo que quiero mostrar en este relato es cómo ciertas sensibilidades aprendidas nos esconden juegos útiles para atravesar otros mapas pandémicos. Quizás, el dilema ya no sea estrictamente apertura/encierro, pantalla/presencialidad como hitos para repensar nuestros cuerpos y escenografías. Apagar las luces, hacer silencios, dejar que aparezcan las cosas escondidas que precisan, por un rato, salir de sus refugios, volvernos invisibles, jugar a las escondidas y retrazar una teoría breve sobre los escondites pueden ser vías para transitar los mundos.

Amadora De Flores mostró en *Obvio Microbio* (2020) que, hoy, no hay lugares tan bonitos como los “silencios contemplativos”. Los escondites en el juego son un gran lugar para la contemplación, desde allí, podemos ver con distancia los juegos y cambiar la percepción de aquello que nos rodea, nos cubre. Que el próximo jugar permita a comadreja, flores de papel, cuises, chañares, piedrecitas de mil colores, arroyos, zorros, molles, curucuchas, manzanos del campo, talas, pumas, poleos, pecaríes, peperinas, salir de sus escondites a tomar un poco de sol...

A la cuenta de tres, desapareceré: uno, dos y tres.

Bibliografía consultada

- Benjamin, W. (1991). *El narrador*. Editorial Taurus.
- Benjamin, W. (2011). *Denkbilder. Epifanías en viajes*. El cuenco de plata.
- Elias, N. & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio*. FCE.
- De Flores, A. (2020). Silencios Contemplativos. En J. Garrido & C. Smargiassi (comp.), *Obvio Microbio. Escritas Urgentes en Pandemia 2020* (p. 35). Pueblo la Toma.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Schechner, R. (2012). *Estudios de la representación. Una introducción*. FCE.
- Turner, V. (1983). *The Antropología de la Performance*. PAJ Publication.